

*Biblia Sacra iuxta latinam vulgatam versionem, ad codicum fidem, iussu Pii PP. XII, cura et studio monachorum abbatae Sancti Hieronymi in Urbe, Ordinis Sancti Benedicti, edita. VIII. Libri Ezrae, Tobiae, Iudith.* Romae, Typis polyglottis vaticanis, MDCCCCL.

Hacé un par de años comentábamos en las páginas de esta misma revista el séptimo volumen de la colección que, con tanta regularidad, van publicando los PP. Benedictinos de San Jerónimo. Hoy llega el turno a un nuevo volumen, tan magnífico como los anteriores.

Está dedicado a Esdras, Tobías y Judith.

Como cada uno de estos libros tiene distintos problemas, conviene juzgarlos por separado.

Por lo que se refiere al libro de Esdras, da por supuesta la unidad del mismo, siguiendo, sin duda, a San Jerónimo. De modo que en el epígrafe se enuncia siempre con la misma palabra: *Ezras*.

Sabido es cuánto fluctúa el orden dentro del Canon Bíblico. Puede verlo cualquiera en las listas de Berger, o en nuestros estudios correspondientes sobre los Elementos extrabíblicos de la Vulgata. No pocos códices, como el *Amiatino* y el *Legionense*, colocan el Libro de Esdras después del tríptico Tobías-Judith-Ester, o en otros lugares distintos. Los PP. Benedictinos de San Jerónimo, a tenor del Canon Tridentino, y siguiendo a no pocos manuscritos antiguos, como el *Cavense*, el *Complutense* y el *Toledano*, le colocan anteriormente.

Igual que en los volúmenes anteriores, a la edición crítica del texto precede la edición crítica de algunos elementos extrabíblicos. En este caso se trata del Prólogo de San Jerónimo, *Utrum difficilius*, tomado de su carta a Domnion y Rogaciano, y de dos series de Sumarios: *Quomodo Cyrus rex* y *Cyrus in initio regni*. El prólogo es común a todos los códices de la Vulgata y es el único que suelen tener ante Esdras. De los Sumarios el más importante es el primero, cuyo origen español, isidoriano, hemos demostrado en otro lugar. (EB 5, 1946, 19-23). Si las razones allí dadas no fueran suficientes, bastaría echar una mirada a los códices que aducen los PP. Benedictinos, para convencernos. Son diez: El *Cavense*, el *Toledano*, el *Burgense*, el *Legionense*, el *Complutense*, el *Sangermanense*, el *Aniciense*, el *Teodulfiano* y las *Biblias de Rosas* y de *Ripoll*. Ahora bien: los cinco primeros y los dos últimos son manifiestamente españoles, no sólo en cuanto a su arquetipo, sino en cuanto a su *Scriptorium*. Y los otros tres lo son, o en cuanto a su arquetipo, como el *Aniciense* y el *Teodulfiano*, o en cuanto a su influjo, como el *Sangermanense*.

Viniendo ya a la edición del texto, usa la colación de 28 antiguos manuscritos. De ellos 21 fueron ya usados en los volúmenes anteriores, y siete se aducen en Esdras por la primera vez. Son los siguientes:

1.º *Cod. Vat. Lat. 11978, s. XI-XII*. Es de origen casinense, y, según parece, el único de los códices de este tipo que contiene el libro de Esdras.

2.º *Cod. 10 Bib. Ambian. s. VIII*. Perteneció al Monasterio Corbeicense.

3.º *Cod. 430 (356) Bib. Lugd. s. IX*. Contiene también Ester y los

Macabeos, pero de la *Vetus Latina*. En su estudio sobre los Macabeos De Bruyne probó la ascendencia hispánica de este códice.

4.º *Cod. Mon. Bib. Nat. Lat. 6225, s. IX*. Perteneció al Monasterio de Freising.

5.º *Cod 43 Eccl. Metr. Colon. s. VIII*. Según parece, de origen italiano.

6.º *Cod. 14 Abb. Sang. s. IX*.

7.º *Cod Stuttg. Bib. Nat. H. B. II, 35, s. VIII-IX*.

Como puede fácilmente apreciarse, tanto por la cantidad, como por la calidad y la amplitud de los diversos tipos de texto representados, hay aquí una ancha y sólida base, que permite la reconstrucción del texto primitivo. Mas, con todo... insistimos en la apreciación personal, que expusimos al juzgar el volumen precedente (EB 8, 1949, 392). Y con más vigor todavía. Porque allí, por la índole especial del «*num liber*», como gráficamente llamó San Jerónimo al «*Verba dierum*», se podía justificar la omisión de muchos e importantes códices, para no multiplicar las variantes en grado infinito. Pero esa razón ya no vale para Esdras y los que siguen. Y, siendo esto así, ¿por qué omitir un códice tan importante como la *Biblia de Teodulfo*?... ¿Por qué omitir, sobre todo, el *Burgense*?... Porque, si se responde que el *Teodulfiano* va ya incluido de algún modo en el díptico *Hubertiano-Aniciense*, lo mismo que el *Pinatense* y el *Oscense* van incluidos de algún modo en el *Toledano*, por pertenecer al mismo arquetipo... ¿en qué códice o arquetipo va incluida la *Biblia de Cardeña*?... Y es de notar que el *Burgense*, aparte de su antigüedad, representa también un arquetipo muy arcaico, conteniendo elementos prerrecensionales.

Finalmente, por lo que se refiere al aparato crítico, se desenvuelve de un modo análogo al de los tomos precedentes. Para la reconstrucción del texto concede la máxima importancia al *Amiatino* y al *Cavense*, de modo que si concuerdan, su lección es preferida. Y donde no, se escucha el testimonio del *Legionense* y el *Ambianense* antes descrito. Mas ¿puede decirse que este camino sea del todo seguro?...

Cierto que nos place, como norma, la fidelidad al sistema elegido, para no dar la sensación de andar vareando al aire. Ya hemos alabado en otras ocasiones esta buena cualidad de los editores de la *Biblia Sacra*. Les volvemos a felicitar por ello. Pero no es esta la cuestión fundamental, sino acertar en elegir el sistema. Ahora bien: ¿el díptico AC, que se elige como base, está bien elegido?... De escogerse dos códices tan sólo ¿han de ser precisamente ellos?... ¿No convendría ensanchar la base, agrupando algún otro de modo permanente, en vez de hacerlo sólo en caso de discrepancia de ambos códices?...

El P. Bover, con su sagacidad característica, al enjuiciar el volumen anterior (EF 24, 1950, 511-513), consideraba un gran acierto el haber dado como auxiliares del *Amiantino* y del *Cavense* al *Legionense* y al *Lugdunense 401*. Mas, al explicar por qué, resulta que la lógica parece exigir una conclusión bastante más contundente. Porque, luego de exponer las veinte variantes más importantes que se registran en el primer aparato, correspondiente a los capítulos 10 y 11 del libro I,

analizándolas atentamente, pronto se echa de ver que los dos códices básicos A y C tienen bastantes más errores que los dos adjuntos L y D. A yerra en 10 casos (50 por 100); C en 14 (70 por 100); en cambio, D en 6 (30 por 100); L en 2 (10 por 100). Por lo cual el P. Bover saca la siguiente conclusión: «Como se ve, el que de los cuatro lleva la ventaja es el *Legionense*, que, según parece haber demostrado el Dr. Ayuso, es el representante más fiel de la recensión peregriniana. Merece también notarse que en estas variantes hasta 4 veces (20 por 100) yerran conjuntamente los dos básicos (A C)».

Ahora bien; de ser esto así, ¿no convendría revisar el sistema?... Porque es de tener en cuenta que el *Legionense* no sólo es el representante más fiel de la recensión peregriniana, sino, como creemos haber demostrado, una copia fiel del código original del siglo V. Lo cual ha de pesar mucho, cuando, por el deseo de pagar tributo a la antigüedad, se eligen como códices básicos unos manuscritos que, si en sí mismos son más antiguos, no lo son en cuanto al arquetipo inmediato que copian.

Los libros de Tobías y de Judith llevan también al frente varios elementos extrabíblicos. El primero va encabezado por el Prólogo de San Jerónimo *Mirari non desino*, tomado de su carta a Cromacio y Heliodoro, y el segundo por el Prólogo *Apud hebraeos liber*, del mismo autor. Omiten los otros que haya. Bien es verdad que estos libros no abundan en elementos de esta clase, pero sí los hay, como el *Tobi filius Ananihel*, de Tobías, y el *Iudith vidua*, de Judith, que tienen, entre otros códices, la *Biblia de Teodulfo* y la *de Rosas*, tomándolos de San Isidoro. En cuanto a los Sumarios, la parquedad es manifiesta, pero aquí por necesidad, puesto que apenas existen en los códices. Tobías tiene dos series y Judith una. Mas son muy pocos los manuscritos que las contienen, hallándose, desde luego, ausentes de los españoles y de los grandes códices extranjeros, como el *Amiatino* o el *Valllicelliano*.

Mayor interés ofrece el panorama que los diversos manuscritos ofrecen en cuanto al texto. El grupo español se ve muy reducido ahora. Como es sabido, varios de sus representantes, como el *Complutense*, los dos *Legionenses* de San Isidoro, la *Biblia de Rosas* y el *Oscense* tienen en Tobías un texto de la *Vetus Latina*. Otro tanto sucede en Judith, a excepción del *Oscense*. Por lo cual, el grupo español, peninsular, ha quedado reducido en esos libros al *Cavense* y al *Toledano*. Demasiado poco para una edición tan magnífica y de tantos vuelos. ¿No hubiese sido mejor suplir la ausencia de dos códices tan importantes como el *Complutense* y el *Legionense*, al menos con la *Biblia de Cardeña*?... Por lo demás, este fenómeno ocurre también en algunos otros códices, como los dos *Sangermanenses*. Pero esto mismo puede ser un nuevo indicio del influjo hispánico que se nota en estos códices.

Finalmente, en cuanto a la elección de texto, en Tobías, como el *Amiatino* ofrece en este libro una recensión muy especial, en vez de apoyarse en el díptico A C, se abandona al *Amiatino*, y se apoya en el díptico L C. El último es el *Cavense*, y el primero es el *Cod. Vat.*

*Pal. Lat. 24*, del siglo VII-VIII, y donde no concuerdan, se tiene en cuenta el testimonio de A y K, que es el códice 43 de la Catedral de Colonia, antes descrito. Todo lo que pudiéramos decir de este sistema queda ya dicho al tratar del mismo problema en Esdras.

Estas observaciones, y otras que pudiéramos hacer, no se han escrito con ánimo hostil o de polémica, ni con el deseo de empañar el brillo de una obra tan gigantesca, como la que están llevando a cabo los PP. Benedictinos de la Abadía de San Jerónimo. Bien saben ellos cuánto les admira, les aprecia y desea exaltar su obra el autor de estas líneas, que tan de cerca ha visto, no sólo el fruto de su trabajo en volúmenes tan espléndidos como estos, sino todo el proceso de su labor paciente, meticulosa, ordenada, rigurosamente metódica y sólidamente científica.

TEÓFILO AYUSO MARAZUELA.

JOSÉ MARÍA BOVER, S. J.: *Nuevo Testamento. Versión directa del griego, con notas exegéticas*. Madrid MCMXLVIII.

ELOFINO NACAR FUSTER y ALBERTO COLUNGA CUETO: *Nuevo Testamento. Versión directa del texto original griego*. Madrid, MCMXLVIII.

La Biblioteca de Autores Cristianos, de acuerdo con los autores respectivos, ante el éxito obtenido por las traducciones que de los textos originales hicieron, de una parte Nacar-Colunga, y de otra Bover-Cantera, por razones prácticas, muy dignas de tenerse en cuenta, y para facilitar a los fieles la lectura del Nuevo Testamento, ha sacado a luz estas dos pulcras ediciones, que tienen idénticas características a las de todos los libros de la B. A. C.

Tanto una como otra son meras ediciones aparte de las referidas Biblias, por lo que han de valer para estas *Separatas* cuanto dijimos de los volúmenes completos. No sólo la traducción del texto, sino las introducciones, notas, divisiones y encabezamientos, epígrafes y hasta los dibujos respectivos, están tomados, en general, de aquellos volúmenes.

En cambio, los presentes van enriquecidos con varios índices de bastante utilidad, que los otros no tenían.

Los de Nacar-Colunga son bastante breves, limitándose a dar el índice de las Epístolas y Evangelios de los Domingos y algunas fiestas principales, con la lista de algunos milagros de Jesús.

Los del P. Bover, en cambio, son mucho más detallados, complicados y extensos, ofreciendo un arsenal de materias muy interesantes. Son seis los índices generales: 1.º Evangélicos. 2.º Hechos de los Apóstoles. 3.º Epístolas de San Pablo. 4.º Epístolas Católicas. 5.º Apocalipsis. 6.º Litúrgicos. Pero, a su vez, cada uno de ellos va subdividido en otros varios. Así, el primero contiene un índice de hechos y dichos del Salvador, en el cual no sólo se recogen los milagros y las parábolas, sino